

oir la confesion y dar la absolucion, reservando la de los pecados públicos á los obispos.”

En fin, añade “que si no se encuentra un eclesiástico con quien confesarse, puede uno dirigirse á un hombre de bien, en cualquier paraje que sea.”

Se lee en la historia de Orderico-Vital, “que un esforzado caballero, Richer del Aguila (de Aguila), habiendo sido mortalmente herido en una batalla contra los infieles, y no viendo un hombre de religion cerca de él, antes que renunciar al paraiso, se confesó humildemente con sus compañeros de armas [*sodalibus suis*].”

Cesareo cuenta tambien “que ciertos peregrinos que pasaban á la Tierra Santa, habiendo sido sorprendidos en la mar por una furiosa tempestad, y viendo la muerte casi á sus ojos, se pusieron á confesar los unos á los otros, y con gran contricion y *mea culpa*, porque la concavidad del abismo estaba debajo de ellos, y el rayo sobre sus cabezas.”

En la crónica de Fernando, rey de Castilla, se vé “que los soldados españoles, estando cerca de venir á las manos con los moros, bajo el mando de Alvaro Perez, se confesaron unos con los sacerdotes que pudieron encontrar, y los otros cada uno con sus camaradas. Luis, conde de Liege, estando para morir, hizo venir una virgen cristiana de gran santidad, y se confesó con ella de todos sus pecados, con muchas lágrimas; y esto, (dice el autor (1) que cuenta el hecho) no por el perdon que ella pudiese otorgarle, sino á fin de empeñarla á rogar por él.

El señor de Joinville cuenta, en la vida de San Luis, que habiendo sido puesto en fuga el ejército cristiano por los sarracenos, y aproximándose el enemigo, cada uno se confesó con el sacerdote que pudo encontrar, y en esta ocasion Guy d'Ebelin, condestable de Chipre, se habia confesado con él, y le habia dado la absolucion. Pero dejemos hablar al mismo sincero y piadoso Senescal.

“Vi un gran trozo de nuestra gente que estaban allí y se confesaban con un religioso de la Trinidad, que estaba con Guillermo, conde de Flandes. Pero en cuanto á mí, yo no me acordaba entonces de mal ni de pecados que hubiese cometido, y no pensaba sino en recibir el golpe de la muerte. A mi lado se arrodilló *Messire* [2] Guy d'Ebelin, condestable de Chipre, y se confesó conmigo, y yo le dí tal absolucion, como Dios me daba el poder.”

En todos tiempos, la vida insensible de un campo de batalla, con sus

(1) Tomás Camprat.

(2) *Messire*, no puede traducirse sino como el Don en España; era un título de honor usado antiguamente en Francia. N. del T.

heridos y sus muertos tendidos sobre los surcos, en medio de los trigos ennegrecidos y tendidos, ó entre la polvareda de los caminos, ó en las riberas de un rio, es un espectáculo horrible y lamentable. Enfrente de estas armas rotas, de estos miembros esparcidos, de estos caballos matados, y de estos cadáveres humanos, el corazon comprimido se pregunta: ¿dónde están entre tanto las almas de estos soldados, que en este mismo lugar han afrontado y recibido la muerte?

Hubo un tiempo, tiempo de piedad y de fé, en que el aspecto del lugar ensangrentado por una batalla, era menos triste de mirar que al presente. La caballería era cristiana, creia en el otro mundo; y cuando uno de sus valientes por resultado de sus heridas, estaba á punto de pasar de esta vida á la otra, lejos de desdeñar el socorro de un sacerdote, lo llamaba con toda la fuerza de sus deseos. y cuando el hombre de Dios le faltaba, plantaba su espada ante él para adorar la cruz. . . . Al presente, la valentía de nuestros soldados iguala á la de los caballeros, compañeros de armas de Francisco I y de Bayardo; pero tienen menos fé; ella está *tan segura de ella* que piensa raramente en Dios. Se diria muchas veces, que ella se avergüenza de pedirle ayuda y socorro.

Sin embargo, todos estos jóvenes y viejos franceses, que desde hace sesenta años han sembrado la Europa de sus cadáveres, eran creyentes cuando han sido sacados de sus poblaciones para defender la patria; en su infancia, en su juventud, habian aprendido á rogar, á adorar al Dios de sus padres. Y cuando la Francia los ha puesto al frente del enemigo, entre toda esta multitud anhelante de gloria que corria al encuentro de la muerte, ¿estaba allí el ministro de Jesucristo, para mostrarles cerca de la flotante bandera, en el camino del honor, la cruz que salva y asegura la dicha eterna? ¡Ay, nó! Hace muchos años se ha aparentado querer que el ejército sea ateo, y olvide el viejo culto del país.

Se ha dicho al soldado: *Vé á hacerte matar. . . .* sin añadir: *para renacer á una vida mejor, para resucitar en Jesucristo!*

Los gobiernos escépticos no han querido mas que la *carne de cañon*, y Dios sabe, que no les ha hecho falta.

A pesar de estas injusticias impías acerca de nuestros soldados, los ejércitos franceses han llevado bien lejos la gloria de su bandera; mas lejos que la antigua caballería. . . . Mas lejos, sí, pero no mas alto. La gloria moderna se ha *estendido sobre el mundo*, la de los caballeros cristianos se *levó hácia el cielo*, dejando un gran renombre acá abajo.

Lo que acabo de decir, está probado mirando en nuestros museos los grandes cuadros de las batallas del imperio. Sobre los primeros planos de

estas carnicerías históricas, los pintores de entonces colocaban de tiempo en tiempo patéticos episodios; pero me acuerdo de haber notado siempre la ausencia de un pensamiento religioso. . . . Chateaubriand sin embargo, habia ya en esta época publicado su *Genio del Cristianismo*.

¿Cuál es el hombre de bien que no gusta de encontrar en nuestras iglesias, durante los oficios del domingo, y despues, los jóvenes soldados de rodillas, bien devotamente como en su pueblo, ante el altar de esta divina Virgen, á quien su madre y sus hermanas ruegan tan frecuentemente? *Un soldado que ora*, habla derechamente al corazón del cristiano, y debe ser escuchado con bondad por Dios.

Gamaliel decia á los judíos que querian perseguir los adoradores de Jesucristo, cuando la religion cristiana empezó á tomar aerecentamiento en el mundo: "O esta secta viene de Dios, ó viene de los hombres. Si viene de Dios, es no solamente un crimen, sino tambien una locura el tratar de destruirla; porque estando apoyada por el brazo del Todopoderoso, triunfará siempre de vuestros esfuerzos; si por el contrario, viene de los hombres, es inútil perseguirla; porque todo lo que es de institucion humana no puede ser duradero: ella perecerá por sí misma, y se desvanecerá como el humo."

Esto que Gamaliel decia de la religion cristiana en general, podemos decirlo de la confesion en particular. Esta divina puerta que la misericordia del Señor ha abierto á nuestro arrepentimiento, resistirá hasta el fin de los tiempos á los ataques del infierno: Satanás y aquellos que le pagan feudo por el tributo del pecado, harán y redoblarán bastantes esfuerzos, pero nada podrán contra ella.

Al intento, os recuerdo los crímenes y las sangrientas locuras de aquellos tiempos que por sí mismos se dieron el nombre de *reinado del terror*. Entonces habia entre todos los enemigos del catolicismo una infernal alegría; triunfaban, gritaban como Voltaire: ANIQUILEMOS AL INFAME! Desde lo alto de su eternidad, Dios se burlaba de ellos, y riendo de sus proyectos impíos, les trastornaba todas sus obras, con todos sus mandatos que debian en su entender durar por *jamás, para siempre, á perpetuidad*.

¡PERPETUIDAD! ¡Qué palabra en medio de nuestras inconstancias! Es preciso dejarla á Dios.

Durante la gran tormenta revolucionaria, cuando todas las iglesias despojadas y destruidas no abrian sus puertas, entonces, cuando todos los confesonarios estaban cerrados ó quemados, el filosofismo debió realmente creer que estaba estinguida la confesion; debieron entonces congratularse de haber conseguido su objeto. . . . Mas al presente, los increídu-

los de cabellos blancos, ven como estaban equivocados. . . . Es un hecho, que en nuestros dias (1850) un gran número de párrocos de París y de provincia, tienen la feliz certeza de que los confesonarios son mas frecuentados que ahora cincuenta años. Sin duda que lo que vemos en el dia, está lejos de la piedad, del fervor de los dichosos siglos de la fé; pero es preciso decir, porque es un consuelo al mismo tiempo que una verdad, la tibieza, la indiferencia en materia de religion, son menores hoy que ahora cien años. El respeto humano tiene menos imperio en el mundo, la sociedad se avergüenza menos del Evangelio, que en los tiempos de Voltaire, de Rousseau, de Diderot y D'Alembert.

Quando la fé vuelve á un pueblo, todo se puede esperar de él (1). Un corto número de soldados, persuadidos de la habilidad de su general, pueden producir milagros. Treinta y cinco mil griegos seguian á Alejandro á la conquista del mundo. Babilonia se presumió hecha para las grandezas, y las grandezas se prosternaron á su fé mundana. Un oráculo dá la tierra á los romanos, y los romanos dominan la tierra; Colon, solo en el universo, se obstina en creer un nuevo mundo, y el nuevo mundo sale de las aguas."

De la fé que nos vuelve, nacerá la regeneracion del mundo. El hombre que crea en Dios, querrá comunicar con él, y reunirá á los sacramentos, solos medios de ponerse en comunicacion con él: de allí la vuelta á la confesion. ¡Fé celestial! ¡Fé consoladora! ¡Tú haces mas que trasportar las montañas, tú levantas los pesos opresores que pesan sobre el corazón del hombre!

La Iglesia ha reconocido de tal manera que la confesion era indispensable á la dicha del hombre en particular y á la sociedad en masa, que la ha hecho una obligacion rigurosa.

Aunque fué permitido otras veces á aquellos que se sentian culpables (2) de algunos pecados, venir á encontrar los sacerdotes, y á confesarse en todo tiempo; aunque los dias domingos fuesen sobre todo empleados por los ministros de la Iglesia en oír las confesiones de los penitentes; todos, sin embargo, estaban obligados por el precepto de la Iglesia, á hacer su confesion al principio de la cuaresma. Esto es lo que se puede probar, no solamente por casi todos los antiguos *libros pontificales y rituales* escritos desde hace novecientos años, sino tambien por los cánones de los concilios, y los estatutos de los obispos.

El Papa Inocencio III en el concilio general de Letrán, ha prescrito á todos los fieles de uno y otro sexo, confesarse á lo menos una vez al año

[1] Chateaubriand.

(2) Historia de la Iglesia, tom. IV, pág. 513.

Se encuentra en los anales de la Iglesia que muchos obispos recomendaban á su pueblo confesarse tres veces al año, es decir, en las *tres cuasimas* que se observaban entonces: el concilio de Tolosa del año de 1228 prescribe tambien la confesion tres veces al año; lo mismo que San Edmundo, arzobispo de Cantorbery en sus instituciones, y el sínodo de Worcester del año de 1240.

San Othon, obispo de Bamberg, exhortaba los pueblos de Pomerania, que habia convertido al cristianismo, á confesarse y á comulgar cuatro veces al año.

“El concilio de Seus, bajo el arzobispo Tritaud, señala cinco fiestas en el año, en las cuales exhortaba á los fieles á aproximarse á Dios por la confesion de los pecados.”

Todas estas citas hacen ver cuál era la práctica de la Iglesia en general, y de las diferentes iglesias particulares al objeto de la confesion sacramental en los antiguos tiempos. Pero no obstante esto puede decirse, que cada uno procedia segun su devocion particular, sobre todo en las ocasiones importantes, como en los grandes peligros, antes de emprender viajes de largo camino, antes de entrar en el estado monástico, y antes de empeñarse en el estado militar.

El caballero, y sus guerreros, antes de partir para ir á guerrear contra los infieles, se lanzaban á las rodillas del sacerdote, haciendo la confesion de sus faltas, y una vez absueltos se levantaban alegres y puros exclamando: *partamos, Dios lo quiere!*

El santo obispo Anselmo, escribia á su hermano Banguedio: No dejes tu mansion con tus pecados, porque te serán de mucho peso en el camino, y te incomodarán en los peligros; vé á encontrar tu pastor, y exhala tu alma en la suya.

El abad de un monasterio, en una carta dirigida á un gran señor, que queria consagrarse á Dios, le habla así: “Vuestros pecados se han cometido en el mundo; dejadlos allí, lejos de vos, y no penetreis en el umbral de vuestra casa, sino con una alma blanca y sin mancha. Vos venís á ser en el claustro un hombre nuevo, hacéos una conciencia nueva; los ángeles se regocijarán, y nosotros bendeciremos al Señor.”

Ingulfo, abad de Croilaud, dice en cierta parte de sus obras: “Era el uso en Inglaterra, que aquel que debia consagrarse á una milicia lejitima, venia á pasar la velada, y por la tarde al obispo, un abad, un monje ó cualquier sacerdote le hacia una confesion de todos sus pecados, con sentimientos de compuncion; y siendo absuelto, pasaba la noche en la iglesia en orar y contristarse devotamente ante Dios. La mañana siguiente, antes de oir la misa, colocaba su espada sobre el altar, y el sacerdote,

despues del evangelio se la ceñia al rededor del cuerpo, bendiciendo al pretendiente de armas. Comulgaba despues de la misa, y se convertia en soldado: *miles legitimus manebat.*

Esta era la vigilia de las armas de los caballeros.

La religion es la madre de la caballería. Las virtudes cristianas tienen dos poderes (1); no contentas de abstenerse del mal, quieren hacer el bien; tienen la actividad del amor, y se sostienen en una region superior: tales eran las virtudes de los caballeros.

La *fé* ó la *fidelidad* eran su primera virtud: la *fidelidad* es igualmente una gran virtud del cristianismo.

El caballero era probo y el mas desinteresado de los hombres. Hé aquí el discípulo de la Iglesia.

El caballero se lanzaba á través del mundo, socorriendo la viuda y el huérfano. Hé aquí la caridad de Jesucristo.

Si nuestros padres se consagraban á Dios, al mismo tiempo que á la noble profesion de las armas, no eran por eso menos religiosos en las circunstancias peligrosas en que se trataba del servicio de la patria. Leemos en la vida de San Bertin, que estando sitiada la ciudad de San Omer por los normandos, un hombre justo tuvo una vision, en la cual el arcángel Miguel, gefe de la milicia celeste, se le apareció: dando el arcángel sobre su broquel con su lanza, como para despertar los habitantes, gritó: “Que aquellos que llevan la espada, adoren la Cruz, y vencerán.”

A esta voz, el pueblo y los soldados fueron á arrojar á los piés de los sacerdotes, se confesaron, comulgaron, y la ciudad fué salvada.

El duque Conrado, estando á punto de dar la batalla á los húngaros, antes de montar á caballo, al despuntar el dia, quiso oir devotamente misa, y recibió la comunión de mano de Olderico su confesor; despues de lo cual, se lanzó como un leon sobre el enemigo, segun lo atestigua la crónica de Magdeburgo. Fué sin duda, con ocasion de este acto piadoso, y de valentía, por lo que un concilio de Alemania, cuyos decretos fueron confirmados por Liptino, ordenó “que el príncipe tuviese en su campo uno ó dos obispos con sus capellanes y sacerdotes, y que cada comandante de tropas tuviese un sacerdote que pudiese juzgar de los pecados de aquellos que con él se confesasen, y les aplicase la penitencia que hubiesen merecido. Esto lo confirmó Carlomagno despues, insertando en sus capitulares del año de 800, el decreto del concilio.”

En este tiempo ya se pensaba que era bueno apelar á Dios para todo; se le queria bajo la tienda, lo mismo que bajo las bóvedas de las basílicas

(1) Chateaubriand.

sagradas. El gran emperador de Occidente, no creía, pues, poder gobernar las naciones sin el pensamiento religioso; cerca de su muerte, como durante su gloriosa vida, tenía en su mano el globo de oro superado de la Cruz. Así es como se le ve sentado sobre su silla de granito, en su imperial sepultura de Aix-la-Chapelle.

Carlomagno se confesaba todos los meses, y cada vez que recibía á Dios, cien prisioneros adquirían la libertad; las cadenas de cien cautivos caían cada vez que el poderoso emperador sentía su conciencia libertada del peso de sus pecados. ¿Dónde aprenderán los soberanos tan bien la misericordia como en el Evangelio?

Después que la Iglesia fijó á los fieles el número de confesiones y comuniones que debían hacer cada año, había una multitud de almas piadosas hambrientas del pan celestial, que recurrían todos los días á los sacramentos de penitencia y Eucaristía.

Esta comunión cotidiana, existía en muchos conventos; así se vé en los actos de los santos del tercer siglo, por el padre Massillon. Esta devoción se extendió asimismo á los legos, de los que muchos no dejaban de purificar todos los días sus conciencias por la confesión de sus faltas. Jonás, obispo de Orleans lo atesta y el venerable Bede lo aconseja.

Luis le Debouaire se confesaba todos los días con Drogon su hermano, obispo de Metz.

San Felipe de Bourges tenía la misma piadosa costumbre; todas las tardes, después de completas, lavaba su alma en la piscina saludable y sagrada.

Al presente hay todavía, para hacer descender sobre el mundo la misericordia divina, un gran número de almas piadosas que comulgan muchas veces á la semana. Este rebaño de elejidos, no está solo encerrado en los claustros; en la sociedad se encuentran muchos. A nadie dicen la santidad de su vida. Salen de sus casas, al tiempo en que los hombres de mundo se despiertan con la cabeza entorpecida, el corazón empalagado de las fiestas de la víspera; y van estas almas escojidas á ser alimentadas en la Sagrada Mesa. De vuelta de allí, llevan á sus casas con su pureza una bondad amable. Las gentes que les sirven, los bendicen y se sienten arrastrados á imitarlos. Así la casa se convierte en un vestíbulo del cielo.

Para las confesiones públicas, el pecador las hacía en presencia de todos, humildemente prosternado á la puerta ó en torno de la Iglesia, cubierto de polvo y de cenizas y revestido de un saco.

La confesión auricular era del todo diferente, y sus formas exteriores no eran las mismas que son al presente. En algunos penitenciales, que da-

tan de bien lejos hemos recojido algunos de estos usos que interesan á nuestros lectores.

Segun Alcuino, preceptor de Carlomagno, el penitente no debía aproximarse al sacerdote que se sienta en el tribunal de la penitencia, sino con una gran modestia. El culpable debía estar humilde; debía deponer su bastón ó su espada al pié del confesonario. El rey Pepino estaba tan convencido de que la humildad y el arrepentimiento del pecador no debían solamente ser interiores, sino que debían demostrarse por fuera, que nunca venía á confesarse, sino con los piés desnudos y despojado de toda suntuosa cubierta.

Poniéndose el penitente á la inmediación del sacerdote, se inclinaba profundamente ante el representante de Jesucristo. Entonces el sacerdote decía sus oraciones y estendía las manos sobre el pecador. Acabadas estas oraciones, lo invitaba á sentarse en un banco cerca de él. Así era, sentado como un niño cerca de su padre, cómo el pecador hacía la confesión de sus faltas. Cuando ya todo había sido humildemente revelado, el sacerdote daba paternalmente á su hijo, segun la gracia, todos los consejos, todas las prevenciones de que podía tener necesidad. Le interrogaba sobre su fé y su creencia (siguiendo muchos formularios estas preguntas debían preceder á la confesión). Alcuino continúa así: "El penitente, doblando las rodillas en tierra, estendiendo las manos y mirando al sacerdote con una vista que atesta el dolor de su alma, le ofrece, como ministro de reconciliación de los hombres con Dios interceder por él. En seguida se prosterna con el rostro contra la tierra, llora y gime, mientras que Dios le otorga su gracia.

El ministro del Señor tres veces santo, deja algun tiempo al pecador para su arrepentimiento y sus lágrimas; después le ordena levantarse y que se ponga de pié frente á frente de él. Luego, el juez prescribe la pena, los ayunos, las abstinencias, con las cuales el criminal debe satisfacer á la justicia divina.

Después de esta sentencia pronunciada sobre él, el penitente cae otra vez de rodillas, suplicando al confesor que pida á Dios por él la fuerza y el valor necesarios para cumplir la penitencia impuesta.

El sacerdote en el acto recita muchas oraciones en número de siete, pero Alcuino no trae de ellas mas que el principio, porque eran muy conocidas y de uso comun, siendo á poco mas ó menos las mismas en todos los libros penitenciales recibidos en Occidente. Terminadas estas oraciones, el confesor y el penitente, estando ya dentro de la iglesia, arrodillándose, recitaban muchos de los salmos y plegarias indicadas, con esta advertencia que se encuentra en muchos otros libros de esta natura-

leza: "Que no se puedan prescribir largos ayunos á los siervos ó á los criados, mas que á los ricos y sus señores, sino solamente la mitad de lo que á estos se imponga, porque ellos pueden disponer de sí mismos."

En estas cortas líneas se encuentra toda la caridad de la Iglesia acerca de aquellos cuya vida es dura y penosa. La madre no olvida jamas á sus hijos.

Para distinguirse de los idólatras, los primeros cristianos, durante algun tiempo, han orado de pié: esta actitud era un signo de esención y de libertad. No se ponian de rodillas, sino despues de haber libremente y de su espontánea voluntad confesado sus pecados. Despues, para ser absueltos, se prosternaban bajo la misericordia de Dios, y bajo la mano de su ministro, que debia acordarle la absolucion de sus faltas.

Entre los religiosos de la regla de San Benito, los monjes se confesaban sentados. Los cartujos, mas austeros, se ponian de rodillas, así como los monjes de Grammond. No ha sido sino hasta el fin del siglo doce, que los seculares comenzaron á adoptar la actitud mas humilde, la mas implorante tal como la vemos en el día. No seré yo ciertamente quien condene los usos antiguos; en general, los amo y los respeto. Empero ver al juez y al culpable sentados sobre la misma silla, mientras un acto tan santo como el de la confesion, me parece muy extraño. Y para esplicármelo, es preciso que me diga: que entonces, cuando cada pecado tenia en alguna manera su pena especial, era preciso que el sacerdote tuviese en su memoria, lo que los libros penitenciales indicaban para tal ó tal falta. Esta obligacion podia frecuentemente dar lugar á largas perplejidades para aplicar á cada uno de los males sus remedios especiales.

Hé aquí un rasgo que he tomado en la vida de San Joaquin, abad de Hosa (1), y que prueba que esta costumbre de estar sentado confesándose, existia aún al principio del siglo decimotercio. Este rasgo de costumbres podia á mi juicio, inspirar á un pintor católico.

"Yo estaba con Joaquin (dice el autor de esta vida) sentado en el claustro de la abadía del Espiritu Santo en Palermo, cuando se le vino á llamar de parte de la emperatriz Constanza, que queria confesarse con él. El se presentó al momento, y la encontró en la iglesia, sentada sobre su silla ordinaria, adornada de púrpura y de franjas de oro. Lo hizo sentar sobre otra silla despues de ella, pero cuando la emperatriz quiso comenzar la confesion de sus faltas, él la separó, y la dijo con autoridad:

—Yo tengo aquí el lugar de Jesucristo, y vos, señora, el de Magdale-

(1) Extracto de los Bollandistas.

na penitente. Descended, y sentaos en tierra; de otra manera no os escucharé.

Al instante hizo Constanza lo que el sacerdote le ordenó, y se sentó sobre las piedras, como Magdalena penitente á los piés del Divino Salvador."

Se vé por esto, que así como hemos dicho mas arriba, la costumbre de sentarse confesándose, no estaba todavía abolida al fin del siglo doce, época en la cual murió la princesa de quien acabamos de hablar. La costumbre, sin embargo, variaba algun tanto, en que otras veces el sacerdote y el penitente estaban sentados sobre un mismo banco; en lugar de que en el ejemplo citado, Joaquin exigió que la Emperatriz se sentase en tierra. Esto no diferencia mas que débilmente la costumbre que se introdujo despues, de confesarse de rodillas.

El ejemplo de los cartujos y de los monjes de Grammond, contribuyó tambien mucho á hacer adoptar esta costumbre. "Se podria, dice el padre Chardon, agregar la de los monjes de Citeaux, que segun dice Manrique, no se confesaban sin que tuviesen las espaldas desnudas y varas en las manos, con las que el confesor daba al penitente antes de absorverlo.

"Manrique nos enseña esta práctica, contando los actos de San Walthon, abad en Escocia, donde murió por los años de 1660. Dice, que este santo abad, viendo que su confesor no le daba duramente, le ordenó, bajo pena de desobediencia, no contemplarlo ni dejarlo de azotar hasta que no le hiciese salir la sangre." Esto lo hacia muchas veces por dia, dice la sencilla crónica, hasta fatigar á su confesor con este ejercicio."

En la molice de nuestro siglo tan voluptuoso, los que vivimos en el mundo, no concebimos ninguna de estas austeridades de otros tiempos; y sin embargo, hay todavía santos y santas, que hacen correr su sangre bajo los nudos y las puntas agudas de sus disciplinas; frecuentemente es por sus propias faltas, mas tambien con frecuencia para obtener de Dios la conversion de los pecadores, ó el éxito de una mision en una comarca impia. Cuando se observa la marcha de las cosas, se ve que el mundo comienza á volver á las ideas que los espíritus fuertes del siglo diez y ocho, creian pasadas de manera que no volverian jamas. La sociedad con sus incertidumbres, sus vacilaciones, y sus temores incesantes, ha fastidiado, ha desengañado bien á todo el mundo, que se ha convencido ya de que ella no tiene, á pesar de *todo su progreso*, ni dicha ni paz que darle.

En todas sus bellas promesas, ella ha mentido á todos..... Así, ved como en todas partes se reedifican, se vuelven á abrir las comunidades y los conventos. Los trapenses han sido los primeros á reaparecer, en el